

penas, pidiéndole auxilio y protección. Basina, que para mayor discreción había hecho entrar á Eva en su cuarto, abrió la puerta de un gabinete contiguo que sólo recibía luz de una claraboya y en el que nadie podría ver desde fuera. Las dos amigas destaparon una pequeña chimenea cuyo tubo comunicaba con el de la chimenea del taller donde las obreras tenían el fuego para sus planchas. Eva y Basina extendieron unos cobertores viejos sobre el piso para amortiguar el ruido, por si David lo hacía por casualidad; le pusieron un catre para dormir, un hornillo para sus experimentos y una mesa y una silla para sentarse y escribir. Basina prometió darle de comer por la noche, y como nadie entraría en su cuarto, David podía desafiar no sólo á sus enemigos, sino también á la policía.

—Me parece que aquí estará seguro—dijo Eva abrazando á su amiga.

Eva volvió á casa de Postel para esclarecer algunas dudas que, según ella, le llevaban á casa de un sabio juez del tribunal de comercio, y le hizo acompañarla hasta su casa escuchando sus dolencias.

—Si se hubiera usted casado conmigo, ¿estaría usted así?

Este sentimiento despuntaba en todas las frases del pequeño farmacéutico. Al volver á su casa, Postel encontró á su mujer celosa á causa de la admirable belleza de la señora Sechard y de la cortesía de su marido; pero Leonia se apaciguó al oír la opinión del farmacéutico sobre la superioridad que tienen las mujercitas rubias sobre las mujeres morenas; y sin duda debió dar Postel grandes pruebas de sinceridad, porque al día siguiente su señora le mimaba.

—Podemos estar tranquilas—dijo Eva á su madre y á Marión, que estaban aún espantadas.

—¡Oh! ¡ya se han marchado!—dijo Marión al ver que Eva examinaba su cuarto.

—¿Adónde hemos de *diguirnos*?—preguntó Kolb cuando hubo ya andado una legua de la carretera de París.

—Á Marsac—respondió David.—Ya que me has traído por este camino, quiero hacer una última tentativa implorando la piedad de mi padre.

—Yo *prefeguigula tomag* al asalto una *bateguia* de cañones; *pogque* su *señog* padre no tiene *cogazón*.

El anciano impresor no creía en su hijo, y le juzgaba, como el pueblo, por los resultados. En primer lugar, no

creía haber explotado á David, y después, sin fijarse en la diferencia de los tiempos, se decía:

—Yo le dí una imprenta y le coloqué en la misma situación en que yo estuve; y él, que sabe mil veces más que yo, no ha sabido manejarse.

Incapaz de comprender á su hijo, lo condenaba, y se creía superior á él en inteligencia, diciéndose:

—Gracias á mí, tendré qué comer.

Los moralistas nunca lograrán hacer comprender toda la influencia que los sentimientos ejercen sobre los intereses. Esta influencia es tan poderosa como la de los intereses sobre los sentimientos. Todas las leyes de la naturaleza tienen un doble efecto, inverso el uno del otro. David comprendía á su padre y tenía la sublime caridad de excusarle. Llegados á las ocho á Marsac, Kolb y David sorprendieron al viejo acabando de comer, hora ésta que no estaba nunca muy distante, para él, de la de acostarse.

—Te veo por autoridad de justicia—dijo el padre á su hijo con amarga sonrisa.

—Pego, ¿cómo han de *podeg encontragse* usted y mi amo?... él viaja por los cielos y usted está siempre en sus viñas—exclamó Kolb indignado.—Pague usted, pague usted, que es obligación de padre.

—Vamos, Kolb, vete, pon el caballo en casa de la señora Courtois á fin de no molestar á mi padre, y no olvides que los padres tienen siempre razón.

Kolb se fué gruñendo como el perro que, refido por su amo á causa de su prudencia, obedece protestando. David, sin decir su secreto, ofreció á su padre darle la prueba más evidente de su descubrimiento, y le propuso un interés en aquel negocio como recompensa de las sumas que necesitaba, no sólo para librarse inmediatamente, sino también para dedicarse á la explotación de su secreto.

—¡Eh! ¿cómo me probarás que puedes hacer con nada hermoso papel que no cuesta nada?—preguntó el tipógrafo lanzando á su hijo una mirada envinada, pero astuta, curiosa, ávida.

Hubieseis dicho que era un relámpago saliendo de una nube lluviosa; pues el antiguo *oso*, fiel á sus tradiciones, no se acostaba nunca sin haberse peinado de noche. Su gorro de dormir consistía en dos botellas de un excelente vino añejo al que, según su costumbre, *paladeaba*.

—Nada más sencillo—respondió David.—No tengo ningún papel encima de mí, he venido aquí huyendo de Doublón; y, al verme en el camino de Marsac, he pensado que podría encontrar en su casa más facilidades que en casa de un usurero. No tengo encima de mí más que mis ropas. Enciérreme en un local donde nadie pueda penetrar, donde nadie pueda verme, y...

—¡Cómo!—dijo el anciano dirigiendo á su hijo una horrible mirada;—¿no me dejarás verte hacer tus operaciones?...

—Padre mío—dijo David,—usted me ha demostrado que no hay padres en los negocios...

—¡Ah! desconfías del que te ha dado la vida.

—No, sino del que me ha quitado los medios de vivir.

—¡Cada uno para sí, tienes razón!—dijo el anciano.—Pues bien, te meteré en mi bodega.

—Entraré con Kolb, me dará usted un caldero para hacer mi pasta—repuso David sin ver la mirada que le lanzó su padre,—después irá usted á buscarme tallos de alcachofa y espárrago, ortigas con dardo y rosales que cortará usted de las orillas de su riachuelo. Mañana por la mañana, saldré de su bodega con magnífico papel.

—Si eso es posible...—exclamó el *oso* soltando un hipo,—te daré... veré si puedo darte... ¡bah! veinticinco mil francos, con la condición de hacerme ganar otros tantos todos los años.

—¡Póngame á prueba, acepto!—exclamó David.—Kolb, monta á caballo, llega hasta Mansle, compra allí un gran tamiz de crin en una cedacería y cola en una droguería, y vuelve á toda prisa.

—Toma, bebe—dijo el padre poniendo delante de su hijo una botella de vino, pan y restos de viandas.—Toma fuerzas, voy á arreglarte tus provisiones de trapos verdes, porque están verdes tus trapos, y hasta temo que no estén demasiado verdes.

Dos horas después, á eso de las once de la noche, el anciano encerraba á su hijo y á Kolb en una piececita contigua á su bodega, cubierta con tejas huecas, y donde se encontraban los utensilios necesarios para quemar los vinos de Angulema que proveen, como es sabido, todos los aguardientes dichos de Cognac.

—¡Oh! estoy aquí como en una fábrica... aquí hay leña y calderas—exclamó David.

—Pues bien, hasta mañana—dijo el padre Sechard,—voy á encerraros, y soltaré mis perros, pues así estoy seguro de que no os traerán papel. Enséñame hojas mañana, y te declaro que seré tu asociado; los negocios serán entonces claros y bien dirigidos...

Kolb y David se dejaron encerrar y emplearon unas dos horas en romper y preparar los tallos, sirviéndose de dos maderas. El fuego brillaba, el agua hervía. A eso de las dos de la madrugada, Kolb, que estaba menos ocupado que David, oyó un suspiro agriado como el hipo de un borracho, tomó uno de los dos candeleros, se puso á mirar por todas partes, y vió entonces el rostro violáceo del padre Sechard, que ocupaba una pequeña abertura cuadrada, practicada encima de la puerta por medio de la cual se comunicaban la bodega y el tostadero y oculta con toneles vacíos. El malicioso anciano había introducido á su hijo y á Kolb en su tostadero por la puerta exterior que servía para sacar las pipas afuera. La otra puerta interior servía para ahorrarse el trabajo de dar la vuelta por el patio.

—¡Ah! papá—exclamó Kolb,—esto no es lo convenido; ¿quiere usted *gobag* á su hijo... ¿Sabe usted lo que hace cuando bebe una botella de buen vino? Aprueba usted...

—¡Oh! ¡padre mío!—dijo David.

—Venía á saber si necesitabais algo—dijo el viñero, á quien se le había quitado casi la borrachera.

—¿Y es *pog integrés* nuestro *pog* lo que ha cogido usted una escalita?...—dijo Kolb, que abrió la puerta después de haber desembarazado la entrada y que encontró al anciano en camisa y subido sobre una escala.

—¡Arriesgar su salud!—exclamó David.

—Creo que soy sonámbulo—dijo el anciano bajando de la escalera avergonzado.—Tu falta de confianza en tu padre me ha hecho soñar que te entendías con el diablo para realizar lo imposible.

—El diablo es su pasión *pog* el *dinego*—exclamó Kolb.

—Vaya usted á acostarse, padre mío—dijo David;—enciérennos si quiere, pero evítese la pena de volver á venir: Kolb hará de centinela.

Al día siguiente, á las cuatro, David salió del tostadero, después de haber hecho desaparecer todas las huellas de sus operaciones, y fué á llevar á su padre una treintena de hojas de papel cuya finura, blancura, consistencia y fuerza no

dejaban nada que desear y que tenía por filigranas las señales del tamiz de crin, más fuertes las unas que las otras. El anciano cogió estas muestras, aplicó la lengua á ellas, como *oso* acostumbrado desde su más tierna edad á hacer de su paladar una probeta; las meneó, las arrugó, las dobló, las sometió á todas las pruebas que los tipógrafos hacen sufrir á los papeles para reconocer sus cualidades, y aunque no tuviese nada que decir, no quería declararse vencido.

—Es preciso saber lo que serán en la prensa—dijo para dispensarse de alabar á su hijo.

—¡Qué hombre más *ganuga!*—exclamó Kolb.

El anciano, que se había vuelto frío, ocultó, bajo su dignidad paternal, una irresolución fingida.

—No quiero engañarle, padre mío, me parece que ese papel debe costar muy caro, y quiero resolver el problema de darle cola en la cuba... No me queda más que esta dificultad que vencer.

—¡Ah! ¡querías atrapar!

—Pero, si así fuese, ¿se lo diría á usted? encolo bien en la cuba; pero hasta ahora la cola no penetra igualmente en mi pasta, y doy al papel la aspereza de un cepillo.

—Pues bien, perfecciona tu encoladura en la cuba, y tendrás mi dinero.

—Mi amo no *vegá* nunca el *colog* de su *dinego*—profirió Kolb.

Evidentemente, el anciano quería hacer pagar á David la vergüenza que había sufrido la vispera; de modo que lo trató más fríamente.

—Padre mío—dijo David, que despidió á Kolb,—nunca le he reprochado á usted el haber puesto á su imprenta un precio exorbitante, y de habérmela vendido á su gusto; le he considerado á usted siempre como padre. Me dije: dejemos á un anciano, que ha sufrido muchas penas, y que me ha educado ciertamente mejor de lo que yo merecía, que goce en paz á su manera del fruto de sus trabajos. Hasta le he abandonado los bienes de mi madre, y he aceptado sin chistar la abrumadora vida que usted me ha legado. Pues bien, ese secreto, lo he encontrado, con los pies en el fuego, sin pan en mi casa, atormentado por deudas que no son mías... Sí, he luchado con paciencia hasta que mis fuerzas se han agotado. Tal vez me debe usted apoyo... Pero no piense usted en mí, sino en mi mujer y en mi hijo, y

présteles usted ayuda y protección. ¿Será usted menos que Marión y Kolb, que me han dado sus economías?—exclamó el hijo al ver á su padre frío como el mármol.

—Y eso no te ha bastado...—exclamó el anciano sin experimentar la menor vergüenza,—¡si serías capaz de devorar la Francia!... ¡Buenas tardes! yo soy demasiado ignorante para meterme en explotaciones en las que el único explotado sería yo. El *mono* no se comerá al *oso*—dijo haciendo alusión á su mote de taller.—Yo soy viñero, y no banquero. Y además, mira: los negocios entre padre é hijo no convienen. Comamos, no dirás que no te doy nada.

David era uno de esos seres de corazón profundo que pueden rechazar de sí los sufrimientos, teniendo éstos ocultos para aquellos que les son queridos; de modo que, en ellos, cuando el dolor se trasluce en fuerza, tiene que ser supremo. Eva había comprendido este hermoso carácter de hombre. Pero el padre vió en aquella oda de dolor sacado del fondo á la superficie, la queja vulgar de los hijos que quieren *atrapar á sus padres*, y tomó el excesivo abatimiento de su hijo por la vergüenza de su fracaso. El padre y el hijo se separaron reñidos. David y Kolb volvieron á media noche á Angulema, donde entraron á pie, con todas las precauciones que hubiesen empleado unos ladrones para cometer un robo. A eso de la una de la madrugada, David fué introducido, sin testigos, en casa de la señorita Basina Clerget, en el asilo impenetrable preparado para él por su mujer. Al entrar allí, David iba á ser guardado por la más ingeniosa de las piedades: la de una *griseta*. Al día siguiente por la mañana, Kolb se alabó de haber salvado á su amo á caballo, y de no haberse separado de él hasta después de haberlo metido en una falucha que debía conducirle á los alrededores de Limoges. Una provisión bastante grande de primeras materias fué almacenada en la bodega de Basina: de manera que Kolb y Marión, la señora Sechard y su madre, pudieron así no tener ninguna relación con la señorita Clerget.

Dos días después de esta escena con su hijo, el viejo Sechard, que vió que aun podía disponer de veinte días antes de dedicarse á las ocupaciones de la vendimia, corrió á casa de su nuera, llevado por la avaricia. No dormía ya; quería saber si el descubrimiento ofrecía ventajas, y pensaba velar por sus intereses, según su expresión. Fué á ocupar, encima de la habitación de su nuera, uno de los dos cuartos

que se había reservado en la buhardilla, y vivió cerrando los ojos á la miseria pecuniaria que afligía al hogar de su hijo. Le debían alquileres, y bien podían mantenerle. No se extrañaba de que se sirviesen de cubiertos de hierro estañado.

—Así empecé yo—le respondió á su nuera, cuando ésta se excusó de no poderle servir con cubiertos de plata.

Marión se vió obligada con los comerciantes á salir fiadora de todo lo que se consumiese en la casa. Kolb trabajaba de peón de albañil por un franco diario. Por fin, bien pronto no le quedaron más que diez francos á la pobre Eva, la cual, en interés de su hijo y de David, sacrificaba sus últimos recursos para agasajar al viñero. Esperaba siempre que sus caricias, su respetuoso afecto y su resignación, enternecerían al avaro; pero siempre lo encontraba insensible. Finalmente, al ver en él el ojo frío de los Cointet, de Petit-Claud y de Cerizet, quiso observar su carácter y adivinar sus intenciones, ¡pero fué en balde! El padre Sechard se hacía impenetrable, permaneciendo siempre entre dos vinos. La embriaguez es un doble velo. Escudado en su borrachera, tan pronto fingida como real, el buen hombre trató de arrancar á Eva los secretos de David. Tan pronto acariciaba como asustaba á su nuera; y cuando Eva le respondía que no sabía nada, él le decía:

—Venderé todos mis bienes, *los haré vitalicios*.

Estas luchas degradantes cansaban á la pobre víctima, la cual, para no faltar al respeto que debía á su suegro, había acabado por guardar silencio. Un día, cansada ya, le dijo:

—Pero, padre mío, hay una manera bien sencilla de arreglarlo todo; pague las deudas de David, volverá aquí, y podrán ustedes entenderse juntos.

—¡Ah! Eso es todo lo que queréis de mí—exclamó,—bueno es saberlo.

El padre Sechard no creía en su hijo, pero sí en los Cointet. Estos, á quienes fué á consultar, le deslumbraron á intento, diciéndole que se trataba de millones en las investigaciones emprendidas por su hijo.

—Si David puede probar que ha salido airoso, no dudaré en asociarme con su hijo, conviniendo en que el valor de su descubrimiento sea igual al de mi fábrica de papel—le dijo el gran Cointet.

El desconfiado anciano tomó tantos informes bebiendo

copitas con los obreros, é interrogó tan bien á Petit-Claud haciéndose el tonto, que acabó por sospechar que los Cointet se ocultaban detrás de Metivier; les atribuyó el plan de arruinar á la imprenta Sechard y de hacer que él les pagase, cebándolo con el descubrimiento, pues el viejo hombre del pueblo no podía adivinar la complicidad de Petit-Claud, ni las tramas urdidas para apoderarse tarde ó temprano de aquel hermoso descubrimiento industrial. Por fin, un día, el anciano, exasperado por no poder vencer el silencio de su nuera y de no obtener de ella el secreto del escondite de David, resolvió forzar la puerta del taller donde trabajaba, al saber que su hijo hacía en él sus experiencias. Bajó muy de mañana y se puso á romper la cerradura.

—¿Qué hace usted ahí, papá Sechard?—le gritó Marión, que se levantaba al rayar el alba para ir á su fábrica y que saltó hasta la pila donde se moja el papel.

—¿No estoy en mi casa, Marión?—dijo el hombre avergonzado.

—¡Ah! ¡Se vuelve usted ladrón!... Sin embargo, está usted en ayunas... Voy á contárselo todo de pe á pa á la señora.

—Cállate, Marión—le dijo el anciano sacando del bolsillo dos escudos de á seis francos.—Toma...

—Me callaré; pero no vuelva usted á hacerlo, ó lo diré por todo Angulema—le dijo Marión amenazándole con el dedo.

Cuando el anciano salió, Marión subió á la habitación de su ama, y le dijo:

—Tenga, señora; le he sacado doce francos á su suegro, aquí los tiene...

—¿Cómo te las has arreglado?

—¿Pues no quería ver las calderas y las provisiones del señor, con objeto de descubrir el secreto? Yo ya sabía que no había nada en la cocinita; pero le he metido miedo diciéndole que quería robar á su hijo, y me ha dado dos escudos para que me callase...

En este momento, Basina llevó alegremente una carta de David, escrita en magnífico papel, y que ella le entregó en secreto.

«Mi adorada Eva: Te escribo á ti la primera en la primera hoja de papel obtenida con mis procedimientos. He salido airoso en la resolución del problema de la encoladura en la

cuba. La libra de pasta sale á veinticinco céntimos, suponiendo que los productos que empleo en ella tengan que cultivarse especialmente en buenos terrenos; de modo que la resma de doce francos llevará unos tres francos de pasta encolada. Estoy seguro de suprimir la mitad del peso de los libros. El sobre, la carta y las muestras son de diversas fabricaciones. Te envío un abrazo. Seremos felices por la fortuna, que era la única cosa que nos faltaba.»

—Tenga—dijo Eva á su suegro, tendiéndole las muestras, —dé usted á su hijo el precio de su cosecha y déjele hacer su fortuna, le devolverá diez veces lo que usted le habrá dado, pues ha salido airoso.

El padre Sechard corrió en seguida á casa de los Cointet. Allí, cada muestra fué probada y examinada minuciosamente; unas estaban encoladas, otras no, y todas etiquetadas desde tres francos hasta diez por resma; unas eran de una pureza metálica, las otras suaves como el papel de la China, y las había blancas de todos los matices. Unos judíos examinando diamantes no hubiesen tenido los ojos más animados que lo estaban los de los hermanos Cointet y del viejo Sechard.

—Su hijo está en buen camino—dijo Cointet el gordo.

—Pues bien, pague sus deudas—le dijo el viejo impresor.

—Con mucho gusto, si quiere ser nuestro asociado—respondió el gran Cointet.

—¡Son ustedes unos bandidos!—exclamó el oso retirado.

—Persiguen ustedes á mi hijo bajo el nombre de Metivier, y quieren que yo les pague, eso es todo. ¡No soy tan tonto, burgués!

Los dos hermanos se miraron, pero supieron contener la sorpresa que les causó la perspicacia del avaro.

—No somos aún bastante millonarios para hacer préstamos—replicó Cointet el gordo; —nos consideraríamos bastante felices con poder pagar los trapos al contado y vender nuestro papel en letras.

—Es preciso hacer un experimento en grande—respondió fríamente el gran Cointet,—pues lo que sale bien en una marmita, fracasa en una fabricación emprendida en grande escala. Ponga usted en libertad á su hijo.

—Está bien; pero ¿me admitirá mi hijo como asociado una vez que esté en libertad?

—Eso no nos importa—dijo Cointet el gordo.—¿Es que

creo usted, acaso, buen hombre, que cuando haya dado usted los diez mil francos á su hijo, estará todo arreglado? Una patente de invención cuesta dos mil francos y será preciso hacer viajes á París; además, antes de lanzarse en gran escala, es prudente fabricar, como dice mi hermano, mil resmas, arriesgar cantidades enteras á fin de darse uno cuenta. Mire, de quien más debe desconfiar uno es de los inventores.

—A mí—dijo el gran Cointet—me gusta el pan cocido.

El anciano pasó la noche pensando acerca de este dilema: «Si pago las deudas de David, estará libre; y una vez libre, no tiene necesidad de asociarme á su fortuna. El sabe bien que yo le he engañado en el negocio de nuestra primera asociación, y no querrá hacer la segunda. Mi interés me obliga, pues, á tenerle encarcelado.»

Los Cointet conocían bastante al padre Sechard para saber que no formaría parte de la sociedad. De modo que estos tres hombres se decían:

—Para hacer una sociedad basada en el secreto, es necesario hacer experimentos; y, para hacer estos experimentos, es preciso libertar á David Sechard. Una vez libre éste, se nos escapa.

Además, cada cual llevaba segunda intención. Petit-Claud se decía:

—Después de mi matrimonio, jugaré á cartas vistas con los Cointet; pero hasta entonces, los tengo en mi poder.

El gran Cointet se decía:

—Preferiría tener á David encerrado, pues así sería yo el amo.

El viejo Sechard se decía:

—Si pago sus deudas, mi hijo me saludará con agradecimiento.

Eva, atacada y amenazada por el viñero con arrojarla de la casa, no quería ni revelar el asilo de su marido, ni proponerle tampoco el que aceptase un salvoconducto. No estaba segura de poder ocultar á David una segunda vez con tanto éxito como la primera, y le respondía á su suegro:

—Libre usted á mi hijo, y entonces lo sabrá todo.

Ninguno de los cuatro interesados, que se encontraban como ante una mesa bien servida, se atrevía á tocar los manjares; tanto temían el verse adelantados; y todos se observaban, desconfiando los unos de los otros.

Algunos días después de la reclusión de Sechard, Petit-

Claud había ido á buscar al gran Cointet, á su fábrica de papel, y le había dicho:

—He hecho más de lo que esperaba; David se ha metido voluntariamente en una prisión que nos es desconocida, y busca allí en paz algún perfeccionamiento. Si no ha logrado usted su objeto, la culpa no es mía; ¿mantendrá usted su promesa?

—Sí, si salimos airosos—respondió el gran Cointet.—El padre Sechard está aquí desde hace algunos días y ha venido á hacernos preguntas acerca de la fabricación de papel. El viejo avaro ha olfateado el invento de su hijo, y como quiere aprovecharse de él, tenemos esperanzas de llegar á una asociación. Usted es procurador del padre y del hijo.

—Tenga usted el santo espíritu de hacer que se rindan—repuso Petit-Claud sonriendo.

—Sí—respondió Cointet,—si logra usted encarcelar á David, ó ponerlo en nuestras manos por medio de un contrato de asociación, será usted el marido de la señorita de La Haya.

—¿Es ese su *ultimatum*?—dijo Petit-Claud.

—*Yes*—dijo Cointet,—puesto que hablamos en lenguas extranjeras.

—He aquí el mío en buen francés—repuso Petit-Claud con sequedad.

—¡Ah! veamos—replicó Cointet con aire curioso.

—Presénteme usted mañana en casa de la señora de Senonches, haga usted que haya para mí algo positivo, en fin, cumpla su promesa, ó pague la deuda de Sechard y me asocio con él vendiendo mi estudio. No quiero ser engañado. Usted ha hablado claramente y yo hago lo mismo. Yo he dado pruebas, dé usted las suyas. Usted lo tiene todo, yo nada. Si no tengo pruebas de su sinceridad, obraré por mi exclusiva cuenta.

El gran Cointet tomó su sombrero, su paraguas y su aire jesuítico, y salió diciendo á Petit-Claud que le siguiese.

—Ya verá usted, amigo mío, si le he preparado ó no el camino...—dijo el negociante al abogado.

En un momento el sagaz y astuto fabricante había reconocido el peligro de su posición, y visto en Petit-Claud uno de esos hombres con los que es preciso jugar á cartas vistas. Con anticipación había, bajo pretexto de dar un estado de

la situación financiera de la señorita de La Haya, arrojado algunas palabras en el oído al antiguo cónsul general.

—Ya tengo arreglado el asunto de Francisca, pues hoy día, con treinta mil francos de dote, una joven no debe ser exigente—le dijo sonriendo.

—Ya hablaremos de eso—había respondido Francisco del Hautoy.—Desde la marcha de la señora de Bargetón, la posición de la señora de Senonches ha cambiado mucho; podemos casar á Francisca con algún viejo hidalgo campesino.

—No le conviene—dijo el fabricante tomando su aire frío.—¡Eh! ¡Cásela con algún joven capaz, ambicioso, á quien usted protegerá, y que pondrá á su mujer en una hermosa posición.

—Ya veremos—había respondido Francisco;—la madrina debe ser consultada ante todo.

A la muerte del señor de Bargetón, Luisa de Negrepelisse había vendido el hotel de la calle de Minage. La señora de Senonches, que vivía en una pequeña habitación, decidió al señor de Senonches á comprar esta casa, la cuna de las ambiciones de Luciano y donde esta escena ha empezado. Ceferina de Senonches se había formado el plan de suceder á la señora de Bargetón en la especie de reinado que había ejercido; de tener un salón; de hacer, en fin, la gran dama. Una escisión había tenido lugar en la alta sociedad de Angulema entre los que, á raíz del duelo de los señores Bargetón y Chandour, creyeron en la inocencia de Luisa de Negrepelisse y los que creyeron en las calumnias de Estanislao Chandour. La señora de Senonches se declaró por Bargetón y conquistó prontamente á todos los de este partido. Después, cuando estuvo instalada en su hotel, se aprovechó de las costumbres de mucha gente que iban allí á jugar desde hacía ya tantos años. Recibió todas las noches y sobrepujo decididamente á Amelia de Chandour, que se colocó como antagonista suya. Las esperanzas de Francisco del Hautoy que se vió en el corazón de la aristocracia de Angulema, llegaban hasta querer casar á Francisca con el viejo señor de Severac, á quien la señora del Brossard no había podido conquistar para su hija. La vuelta de la señora de Bargetón, que se había convertido en la prefecta de Angulema, aumentó las pretensiones de Ceferina respecto á su muy amada ahijada. Ella se decía que la condesa Sixto del

Chatelet emplearía su crédito en favor de la que se había constituido en su campeón. El fabricante de papel, que conocía al dedillo Angulema, apreció de una mirada todas estas dificultades; pero resolvió salir de aquel paso difícil por medio de una de esas audacias que sólo se hubiese permitido Tartufo. El procuradorcillo, muy sorprendido de la lealtad de su comendatario en trampas, le dejaba entregado á sus preocupaciones, al mismo tiempo que caminaban de la fábrica de papel al palacio de la calle de Minage, cuando al llegar al descansillo de la escalera, los dos importunos fueron detenidos por estas palabras:

—El señor y la señora están almorzando.

—Anúncienos usted, aunque así sea—respondió el gran Cointet.

Y amparado con su nombre, el devoto comerciante, introducido al instante, presentó el abogado á la preciosa Ceferina, que almorzaba á solas con el señor Francisco del Hautoy y la señorita de La Haya. El señor de Senonches se había ido, como de costumbre, á abrir la caza con el señor de Pimentel.

—Aquí tiene usted, señora, al joven abogado procurador de quien le he hablado, y que se encargará de la emancipación de su hermosa pupila.

El antiguo diplomático examinó á Petit-Claud, el cual, por su parte, miraba á hurtadillas á la hermosa pupila. Respecto á Ceferina, á quien jamás Cointet ni Francisco habían dicho una palabra, fué tal su sorpresa, que se le cayó el tenedor de las manos. La señorita de La Haya, especie de picagrega, de rostro ceñudo, de talle poco gracioso, delgada, de cabellos de un rubio soso, era, á pesar de su airecillo aristocrático, excesivamente difícil de casar. Estas palabras de su fe de bautismo: *padre y madre desconocidos*, le vedaban, en realidad, de vivir en la esfera en que la amistad de su madrina y de Francisco querían colocarla. La señorita de La Haya, como ignoraba su posición, ponía dificultades: hubiese rechazado al comerciante más rico del Houmeau. La mueca bastante significativa que inspiró á la señorita de La Haya el aspecto del flaco abogado, la encontró también Cointet en los labios de Petit-Claud. La señora de Senonches y Francisco parecían consultarse para saber de qué manera podían despedir á Cointet y á su protegido. Cointet, que lo vió todo, rogó al señor del Hautoy que le conce-

diese un momento de audiencia, y pasó al salón con el diplomático.

—Señor—le dijo sin rodeos—la paternidad le ciega á usted. Casará usted difícilmente á su hija; y en interés de todos ustedes le he puesto á usted en la imposibilidad de recular, pues amo á Francisca como se ama á una ahijada. ¡Petit-Claud lo sabe todo!... Su excesiva ambición les garantiza á ustedes la felicidad de su querida hija. Además, Francisca hará de su marido lo que quiera; pero usted, ayudado por el prefecto que va á venir, hará de él un procurador del rey. El señor Milaud está nombrado decididamente para Nevers. Petit-Claud venderá su estudio, obtendrá usted fácilmente para él la plaza de segundo sustituto, y será bien pronto procurador del rey, después presidente del tribunal, diputado...

Vueltos al comedor, Francisco estuvo encantador con el pretendiente de su hija. Miró á la señora de Senonches de cierta manera, y acabó esta escena de presentación invitando á comer á Petit-Claud para el día siguiente á fin de hablar de negocios. Después, acompañó al negociante y al abogado hasta el patio, diciendo á Petit-Claud que, en vista de la recomendación de Cointet, estaba dispuesto, lo mismo que la señora de Senonches, á confirmar todo lo que el guardián de la fortuna de la señorita de La Haya hubiese dispuesto para la felicidad de aquel angelito.

—¡Ah! ¡qué fea es!—exclamó Petit-Claud.—¡Estoy cogido!...

—Tiene aire distinguido—respondió Cointet,—pero, si fuese hermosa, ¿se la darían á usted? ¡Eh! querido mío, hay más de un pequeño propietario á quien treinta mil francos, la protección de la señora de Senonches y la de la condesa del Chatelet irían al pelo, tanto más, cuanto que el señor Francisco del Hautoy no se casará nunca, y que esta hija es su heredera... ¡El casamiento de usted está hecho!...

—¿Cómo?

—He aquí lo que acabo de decir—dijo el gran Cointet contando al abogado su rasgo de audacia.—Querido mío, según dicen, el señor Milaud va á ser nombrado procurador del rey en Nevers: vende usted su estudio de abogado, y, en diez años, será usted guardasellos. Es usted bastante audaz para no recular ante ninguno de los servicios que le pedirá la corte.

—Bueno, encuéntrese mañana, á las cuatro y media de la tarde, en la plaza del Murier—respondió el abogado, fanatizado por las probabilidades de aquel porvenir;—habré visto ya al padre Sechard, y llegaremos á un contrato social en el que el padre y el hijo pertenecerán al Espíritu Santo de los Cointet.

En el momento en que el antiguo cura de Marsac subía las cuevas de Angulema para ir á instruir á Eva del estado en que se encontraba su hermano, hacía once días que David estaba escondido á dos puertas de aquella que acababa de dejar el digno sacerdote.

Cuando el cura Marrón desembocó en la plaza de Murrier, encontró en ella á tres hombres, notables cada uno en su género, que pensaban en el porvenir y el presente del pobre prisionero voluntario. Estos eran: el padre Sechard, el gran Cointet y el raquítico procuradorcillo. ¡Tres hombres, tres avaricias! pero tres avaricias tan diferentes como los hombres. El uno había inventado el medio de traficar con su hijo, el otro con su cliente, y el gran Cointet compraba todas estas infamias alabándose de que no le costaban nada. Eran poco más ó menos las cinco de la tarde, y los que volvían á sus casas á comer, se detenían un instante para mirar á aquellos tres hombres.

—¿Qué diablos tendrán que decirse el padre Sechard y el gran Cointet?—pensaban los más curiosos.

—Hablarán sin duda de ese desgraciado que deja sin pan á su mujer, á su suegra y á su hijo—respondían otros.

—¡Envíe usted luego á sus hijos á París para que aprendan una profesión!—decía un espíritu muy provinciano.

—¡Eh! ¿qué viene usted á hacer por aquí, señor cura?—exclamó el viñero percibiendo al abate Marrón tan pronto como desembocó en la plaza.

—Vengo para asuntos de su familia—respondió el anciano.

—¿Una idea más de mi hijo?...—dijo el viejo Sechard.

—Le costaría á usted bien poco hacer feliz á todo el mundo—dijo el sacerdote indicando las ventanas en las que la señora Sechard dejaba ver, por entre las cortinas, su hermosa cabeza.

En este momento, Eva calmaba los gritos de su hijo, haciéndole saltar y cantándole una canción.

—¿Le trae usted nuevas de mi hijo, ó, lo que es mejor aun, dinero?—dijo el padre.

—No—dijo el señor Marrón,—le traigo malas noticias de su hermano.

—¿De Luciano?...—exclamó Petit-Claud.

—Sí. El pobre joven ha venido á pie de París. Lo he encontrado en casa de Cuortois, muriendo de cansancio y de miseria—respondió el sacerdote...—¡Oh! ¡es bien desgraciado!

Petit-Claud saludó al sacerdote y cogió del brazo al gran Cointet diciendo en voz alta:

—Hoy tenemos que comer en casa de la señora de Se-nonches, y ya es hora de vestirnos.

Y cuando estuvieron á dos pasos de distancia, le dijo al oído:

—Cuando se tiene al hijo, se tiene en seguida á la madre.

—Yo le he casado á usted, cáseme ahora á mí—dijo el gran Cointet dejando escapar una falsa sonrisa.

—Luciano es mi compañero de colegio, éramos camaradas. En ocho días sabré algo de él. Haga usted de modo que los bandos se publiquen, y le respondo de encarcelar á David. Mi misión acaba con su registro.

—¡Ah!—exclamó dulcemente el gran Cointet.—El negocio sería tomar la patente á nuestro nombre.

Al oír esta frase, el raquítico abogado procuradorcillo se estremeció.

En este momento, Eva veía entrar á su suegro y al abate Marrón, el cual, con una sola frase, acababa de terminar el drama judicial.

—Mire, señora Sechard—dijo el antiguo *oso* á su suegra,—aquí tiene usted á nuestro cura, que viene sin duda á traernos noticias de su hermano.

—¡Oh!—exclamó la pobre Eva herida en el corazón;—¿qué más puede haberle ocurrido?

Esta exclamación anunciaba tantos dolores resentidos, tantas aprensiones, y tan diferentes, que el cura Marrón se apresuró á decir:

—Tranquilícese, señora, vive.

—Padre mío, ¿sería usted bastante bueno que fuese á buscar á mi madre? Oirá lo que el señor tiene que decirnos de Luciano—dijo Eva al anciano viñero.

El anciano fué á buscar á la señora Chardón, á la cual dijo:

—Tiene usted que hablar con el cura Marrón, que es un



buen hombre, aunque sacerdote. Como la comida se retardará, sin duda, volveré dentro de una hora.

Y el anciano, insensible á todo lo que no resonaba ó rehuía á oro, dejó á la anciana sin ver el efecto del golpe que acababa de darle. La desgracia que pesaba sobre sus dos hijos, el mal éxito de las esperanzas puestas en la cabeza de Luciano, el cambio tan poco previsto de un carácter que se había creído durante mucho tiempo enérgico y probo, en fin, todos los acontecimientos sucedidos desde hacía año y medio, habían vuelto á la señora Chardón desconocida. No sólo era noble de raza, sino también de corazón, y adoraba á sus hijos. En estos últimos seis meses, había sufrido más penas que durante toda su viudez. ¡Luciano había podido ser Rubempré por orden del rey, de continuar esta familia, de hacer revivir en ella el título y las armas, de llegar á ser grandel ¡Y había caído en el fango! Por esto, más severa para él que su hermana, había considerado á Luciano como perdido el día que supo el asunto de las letras. Algunas veces, las madres desean equivocarse; pero siempre conocen demasiado bien á los niños que han criado y de quienes no se han separado nunca, y, en las discusiones que ocasionaba la suerte de Luciano en París, la señora Chardón, al mismo tiempo que parecía participar de las ilusiones de Eva respecto á su hermano, temía que David tuviese razón, pues éste hablaba como ella oía hablar á su conciencia de madre. Conocía demasiado bien la delicadeza de sensación de su hija para poder expresar sus dolores, y se veía obligada á devorarlos en ese silencio de que únicamente son capaces las madres que saben amar á sus hijos. Eva, por su parte, seguía con terror los estragos que hacían las penas en su madre, y la veía pasando de la vejez á la decrepitud, y caminando siempre. La madre y la hija se decían, pues, la una á la otra esas nobles mentiras que no engañan nunca. En la vida de esta madre, la frase del feroz viñero fué la gota de agua que debía llenar la copa de las aflicciones: la señora Chardón se sintió herida de muerte.

De modo que, cuando Eva dijo al sacerdote: «¡Señor, aquí tiene usted á mi madre!», cuando el sacerdote miró aquel rostro macerado como el de una vieja beata, encuadrado por unos cabellos completamente blancos, pero embellecido por el aire dulce y tranquilo de las mujeres piadosamente resignadas, y que caminan, según se dice, á la

voluntad de Dios, comprendió toda la vida de aquellas dos criaturas. El sacerdote no tuvo ya lástima del verdugo, de Luciano, y se estremeció, adivinando todos los suplicios sufridos por las víctimas.

—Mamá—dijo Eva enjugándose los ojos,—mi pobre hermano está muy cerca de nosotros, está en Marsac.

—Y ¿por qué no está aquí?—preguntó la señora Chardón.

El cura Marrón contó todo lo que Luciano le había dicho de las miserias de su viaje y las desgracias de sus últimos días en París. Pintó las angustias que agitaron al poeta cuando supo los efectos que habían producido sus imprudencias en el seno de su familia, y cuáles eran sus aprensiones acerca del acogimiento que le esperaba en Angulema.

—¿Ha llegado á dudar de nosotros?—le dijo la señora Chardón.

—El desgraciado ha venido á pie hacia ustedes y sufriendo las más horribles privaciones, y vuelve dispuesto á entrar en los caminos más humildes de la vida... á reparar sus faltas.

—Señor—dijo Eva,—á pesar del mal que nos ha causado, quiero á mi hermano como quiere uno al cuerpo de un ser que no existe ya; y amarlo así, es amarlo aún más que muchas hermanas quieren á sus hermanos. Nos ha hecho bien pobres; pero que venga, participará del mezquino pedazo de pan que nos queda, en fin, de lo que nos ha dejado. ¡Ah! señor, si no hubiese partido, no echaríamos de menos nuestros más queridos tesoros.

—¡Y es de la mujer que nos lo ha llevado, el coche que le ha conducido!—exclamó la señora Chardón.—¡Marchado en la calesa de la señora de Bargetón, al lado de ella, ha vuelto en la trasera!

—¿De qué puede serles útil á ustedes en la situación en que se encuentran?—dijo el buen cura, que buscaba una frase de salida.

—¡Eh! señor—respondió la señora Chardón,—según dicen, las llagas del dinero no son mortales; pero esas llagas no pueden tener más médico que el enfermo.

—Si tuviese usted bastante influencia para determinar á mi suegro á que ayudase á mi hijo, salvaría usted á toda una familia—dijo la señora Sechard.

—No lo crean ustedes, me ha parecido que estaba muy exasperado contra su hijo—dijo el anciano, á quien las peri-